

Philipp Mainländer

Ensayos sobre filosofía política

Y otros escritos póstumos

Traducción, introducción y notas de

Manuel Pérez Cornejo

Epílogo de

Fernando Burgos



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Die Philosophie der Erlösung (Zweiter Band, 1886, Essays 8-12)*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Théodore Géricault: *La balsa de la Medusa* (detalle). Óleo sobre lienzo. Museo del Louvre, París. © ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Manuel Pérez Cornejo, 2024

© del epílogo: Fernando Burgos, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-529-6

Depósito legal: M. 30.052-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción. Manuel Pérez Cornejo, <i>Viator</i>
	I. Ensayos sobre filosofía política
27	1. El socialismo teórico
27	1.1. Introducción
33	1.2. El comunismo
69	1.3. El amor libre
103	1.4. La realización progresiva de los ideales
110	1.5. Perspectiva superior
119	2. El socialismo práctico. Tres discursos dirigidos a los trabajadores alemanes
120	2.1. Semblanza de Ferdinand Lassalle
162	2.2. La tarea social del presente
219	2.3. La ley divina y la ley humana
245	3. El principio regulativo del socialismo: la Orden del Grial
245	3.1. Prólogo
257	3.2. Estatuto de la Orden del Grial
280	3.3. Motivos
286	3.4. Conclusión
	II. Otros escritos póstumos
291	1. Florilegio
291	1.1. Sobre psicología

294	1.2. Sobre física
305	1.3. Sobre estética
316	1.4. Sobre ética
338	1.5. Sobre política
368	1.6. Sobre metafísica
380	2. Una sátira científica
406	3. Crítica de la <i>Filosofía de lo inconsciente</i> de Hartmann
406	3.1. Prólogo
416	3.2. Introducción
438	3.3. Psicología
458	3.4. Física
502	3.5. Metafísica
593	3.6. Conclusión

III. Apéndice. Los últimos momentos de la vida de Philipp Mainländer, según cartas inéditas y notas del filósofo

625	Epílogo, por Fernando Burgos
-----	------------------------------

Introducción

L'Initié est un homme renouvelé, en qui l'amour de la vertu et du devoir a pris la place de toutes les passions qui le faisoient agir auparavant. [...] La vie n'est rien pour lui. [...] L'Initié, tient pour ainsi dire, sa vie dans sa main [...] Le motif de l'Initié est la voix de son devoir, et son but en est l'accomplissement. [...] En quelque rang que l'Initié se trouve placé ou par la naissance ou par la fortune, il ne s'y croit établi que pour l'utilité de sa Patrie et s'il se peut même, du genre humain.

(Jean Terrason, *Sethos*, 1731, I, III)

Así como las órdenes ascético-monásticas desempeñaron un cometido fundamental en el caos material y moral que provocó la caída del Imperio Romano, así también una Orden, en el sentido de un nuevo templarismo, sería de importancia decisiva en un mundo que, como el actual, presenta formas mucho más claras de disolución y desmoronamiento que aquel período.

(J. Evola, *El misterio del Grial*, 1937, cap. XXIX)

I

Aquellos que piensan que el pesimismo es una filosofía incompatible con el progreso y la mejora social se equi-

vocan. Este es el caso, sin duda, de Arthur Schopenhauer, conocido por sus posiciones sociopolíticas francamente reaccionarias, pero no el de Eduard von Hartmann (partidario de las reformas sociales, aunque moderadas, de corte burgués y conservador), ni tampoco, desde luego, el de Philipp Mainländer (1841-1876), decidido defensor del socialismo y del amor libre, y cuyos escritos sobre filosofía política va a encontrar el lector en las siguientes páginas.

Mainländer preparó bien esta parte –que él denominó «práctica»– de su filosofía, una vez redactada su obra principal: la *Filosofía de la redención* (1876), en cuyo capítulo V ya aparecen muchos de los temas que aquí se tratan, más por extenso. En efecto: en los últimos tres años de su vida, el filósofo se sintió cada vez más comprometido con lo que en su época se llamaba «la cuestión social», es decir, con los problemas de la clase trabajadora, a la que apunta la parte más importante de estos escritos, en concreto los *Tres discursos dirigidos a los trabajadores alemanes*. Pero para Mainländer la solución de este problema iba mucho más allá de la agitación social y de una hipotética revolución. Él creía que la solución de la cuestión social era algo que tenía mucho que ver con la *educación*, tanto de la burguesía capitalista como, sobre todo, de los trabajadores. Puesto que en su filosofía toda acción es egoísta y se deriva de un motivo, lo que importa es que tanto capitalistas como trabajadores transformen su egoísmo natural en un egoísmo depurado, es decir, un egoísmo guiado por un mejor conocimiento, que les haga darse cuenta de que es más provechoso promover una colaboración entre capital y trabajo que seguir

con el enfrentamiento entre ambas. Sin esta colaboración, el proceso histórico llegará, sin duda e inexorablemente, al punto que le ha sido prefijado: el Estado ideal, pero lo hará a base de mucha sangre y de un enorme sufrimiento, provocado por guerras y revoluciones violentas, que sería mejor evitar.

El Estado ideal (socialista o comunista: Mainländer no distingue demasiado bien entre estos dos términos) es, para Mainländer, una estación de tránsito hacia lo que constituye la meta última de la humanidad, y en esencia de todo el universo: la *paz* (y, en concreto, la paz absoluta: la paz de la muerte). Antes de llegar a ese reposo definitivo, es necesario, según el filósofo de Offenbach am Main, resolver la citada cuestión social, porque mientras esa cuestión continúe abierta, las masas trabajadoras estarán desasosegadas e impacientes, al tener la ilusión de que los patronos, y en general las clases privilegiadas, son más felices que ellos, ya que poseen más cosas y son más ricas. Es una ilusión que hay que *destruir*; y esto solo puede lograrse, piensa Mainländer, si los trabajadores participan de la riqueza social, en el seno de una sociedad comunista, en la que la propiedad haya pasado a formar parte del Estado (este punto es importante: Mainländer nunca entiende el comunismo como una supresión del Estado, sino que más bien *sacraliza* al Estado) y se proceda a un reparto equitativo de los bienes producidos, de manera que *todos* puedan disfrutar al máximo de los bienes de la vida... hasta que se den cuenta de que esos bienes no merecen la pena, porque, por sí solos, no traen la felicidad. El resultado del comunismo consumado sería, entonces, un *hastío absoluto*, que impulsará a los seres humanos, desengañados, a as-

pirar a una paz más profunda que la paz social: la paz de la aniquilación, preparada por la práctica de la virginidad, la principal virtud de la ética mainländeriana. Todo lo que antecede puede resumirse en pocas palabras: el filósofo pesimista no necesita, *personalmente*, la realización del Estado ideal, puesto que él ya está más que desilusionado y sabe que la redención es el fruto de la nada; pero tanto la burguesía como las masas trabajadoras sí necesitan que ese Estado se ponga en marcha; unos, para convencerse de que la acumulación de capital no les hará más felices, ni les permitirá disfrutar de más placeres (puesto que el cuerpo humano tiene un límite), y los otros, para que comprendan, de una vez por todas, que ser rico no implica ser feliz.

Este objetivo explica la organización que Mainländer introduce en los textos que dedica a desarrollar su filosofía política. El primero, dedicado, en principio, a las clases altas de Alemania –aunque se entiende que puede hacerse extensible a las de cualquier otro país–, expresa los principios del socialismo/comunismo teorético, mostrando que esta doctrina no es una idea demoníaca, como sostienen sus detractores, ni tampoco algo irrealizable; más bien, al contrario: Mainländer intenta demostrar que el comunismo puede poner término a los problemas y tensiones que agitan a la sociedad actual, especialmente la desigualdad social, al tiempo que defiende el concepto del amor libre y la educación pública y en común de los niños, a fin de garantizar unas mismas oportunidades y unas mismas reglas de juego para todos, y fomentar el cariño colectivo hacia los más pequeños, por encima de cualquier favoritismo por parte de sus progenitores. Para Mainländer, el comunismo y el amor libre son los últimos

ideales de la humanidad, ya que la realización del primero debería poner fin a todas las guerras y revoluciones, y la supresión de la familia, por su parte, eliminaría un notable impedimento que obstaculiza la entrega del individuo a lo universal. Las fuentes de este proyecto político las extrae Mainländer, además de Fichte y Lassalle, de la *República* platónica, si bien las clases dirigentes del Estado ideal mainländeriano no son los filósofos, sino lo que él llama «la Orden del Grial», un colectivo de «caballeros del espíritu» –inspirados en la novela de Karl Ferdinand Gutzkow *Die Ritter vom Geiste* (1850-1851)–, héroes-sabios, que, habiendo sido iniciados en los misterios del Grial (es decir, la redención a través de la compasión), e inspirados por las cuatro virtudes cardinales de la ética mainländeriana (patriotismo, justicia, amor al prójimo y virginidad), trabajan, primero, para crear el Estado ideal en su propio país, y luego, para unir a toda la humanidad bajo estos ideales. Como puede verse, respondiendo a su importante faceta como poeta, novelista y dramaturgo, Mainländer tiene una concepción francamente novelesca de la política. Los estatutos y organización de esta fantástica orden se desarrollan en el último de los ensayos políticos contenidos en este libro, dedicado a la humanidad, entendida como colectivo.

II

Entre el ensayo dedicado al socialismo teórico y los estatutos de la Orden del Grial, Mainländer sitúa sus tres discursos a los trabajadores de Alemania, que giran en

torno a la figura de Ferdinand Lassalle, como modelo de lo que Mainländer llama el «falso profeta» –frente a Buda, Cristo o (así lo creía Mainländer) él mismo–, esto es, un tribuno popular cuyo único objetivo libertador es exclusivamente de orden político, mientras que los otros benefactores pretenden la liberación total del género humano.

Los discursos que Mainländer se imaginaba iba a pronunciar en público están dirigidos –advírtase esto bien– a los trabajadores *alemanes*, pues él se oponía explícitamente a la Primera Internacional (1864), a la que menciona indirectamente cuando habla del equívoco obrerismo «cosmopolita». El suyo es, por tanto, un socialismo, en primer término (pero no solo), nacional, y esto ha dado lugar a un encendido debate promovido por algunos especialistas en este autor en torno a si la propuesta político-social mainländeriana constituye un antecedente del posterior nacionalsocialismo. Esta lectura es, a mi juicio, errónea, por cuanto entiendo que la teoría política mainländeriana debe comprenderse, primero, en el contexto de su época –muy marcada por la guerra franco-prusiana (1870-71) y esa seguridad en sí misma que le dio a Alemania la unificación–, y luego, en el marco de su propia concepción filosófica, sin cometer el desliz de evaluarla de manera aislada o descontextualizada, como si Mainländer fuese un pensador del pasado siglo XX, o del nuestro.

Efectivamente: hemos dicho que el objetivo último hacia el que tiende todo el universo –desde que se produjo lo que Mainländer llama en el primer volumen de su *Filosofía de la redención* la «muerte de Dios», que dio lugar

al mundo— es alcanzar el reposo y la paz; de manera que la historia es el camino a través del cual la humanidad tiende, en el plano social, hacia esa meta ineluctable. Hemos afirmado, también, que el Estado ideal comunista es una etapa sumamente importante en este *via crucis* histórico. Pero Mainländer afirma que la creación del Estado ideal comunista, que ha de abarcar a toda la humanidad, no se logrará inmediatamente, y que pensar en su realización inmediata —por ejemplo, mediante una revolución violenta— es una utopía, condenada al fracaso, que puede dar al traste con todos los avances sociopolíticos que hayan podido lograrse. Él cree, inspirándose en Lassalle, que el Estado ideal comunista debe realizarse primero en los Estados nacionales y que, por eso, las principales virtudes que el político práctico debe insuflar en el corazón de los trabajadores son el *patriotismo*, la justicia y el amor al prójimo. Solo si se realizan estas virtudes en una nación (la virginidad queda para el último grado de la redención de la humanidad), podrá promoverse luego su realización en el plano global o colectivo. El internacionalismo obrero, por consiguiente, lo que hace es debilitar el movimiento de liberación, al tiempo que da lugar a que las acciones de los trabajadores de un país sean dirigidas por las élites de otro (lo que parece confirmarse si se piensa en la tutela ejercida, décadas más tarde, por el Partido Comunista Soviético sobre los demás partidos comunistas europeos). Por consiguiente, la lucha obrera debe concentrarse, antes que en cualquier otra cosa, en crear el Estado ideal en la propia patria del trabajador, y luego extenderse a las demás naciones. En el caso concreto de la Alemania de aquel tiempo, la política práctica

exigía, a juicio de Mainländer, apoyar al recientemente creado Reich y hacer de él un «Reich de la libertad», una democracia alemana, en la que cupieran todos, capitalistas, trabajadores... y judíos (no hay que olvidar que Lassalle es tan valorado por Mainländer, entre otras cosas, por su doble carácter de judío y ferviente patriota alemán). Esta defensa del elemento hebraico dentro del socialismo nacional, así como otros contenidos del ideario político que Mainländer propone extender, en sus discursos, entre los trabajadores alemanes: el rechazo del odio entre partidos, la promoción de una lucha honrada en pro de la emancipación y un talante conciliador, así como la tesis de que los trabajadores, a la hora de buscar la liberación, primero de su propia patria y luego de la humanidad, solo deben dejarse arrebatar por la compasión, son ideales que, a mi entender, poco tienen que ver con la política de odio racial y aniquilación brutal promovida años más tarde por el partido nazi. Para Mainländer, el amor a la humanidad comienza por amar al propio país, y anteponer al fantasma vago y desvaído del cosmopolitismo algo concreto y tangible, a saber: esos compatriotas que encontramos por la calle, que son con quienes hemos de hermanarnos, para luchar, codo con codo, por la libertad. Mainländer piensa que, en esa lucha por la creación de un «reino de la libertad», Alemania se ha adelantado, y por tanto es ella la que debe encabezar el movimiento de los trabajadores, al menos en el futuro inmediato. Mainländer lo entiende así porque –llevado por un chovinismo germano (un poco repelente, la verdad), que aparece más de una vez en estas páginas, y que quizás sea una contrapartida al chovinismo francés de la

época— él interpreta la guerra franco-prusiana como una guerra «de religión» en la que se enfrentaron el principio del sometimiento papista, propio de la católica Francia, y el principio de la libertad y del libre examen, promovido desde la Reforma luterana por la «pura» Alemania. En este punto, salta a la luz la mentalidad protestante que anidaba en el fondo de su espíritu, por muy radicalmente ateo que él se proclamase.

Por consiguiente, hay que luchar, en primer término, por la libertad individual; luego, por la liberación de cada pueblo, y, finalmente, por la creación de un Estado mundial, formado por hombres libres e iguales, educados tanto científica como estéticamente (Mainländer afirma que todos los integrantes del Estado ideal serán instruidos como «estetas prácticos», recogiendo, así, el ideal schilleriano de la educación estética del hombre). Y la lucha pasaba *en aquel momento* por tratar de fomentar, en la medida de lo posible, la reconciliación entre capital y trabajo, haciendo que los trabajadores participen al máximo en las ganancias derivadas de su producción; por implantar una carga impositiva progresiva sobre las grandes fortunas; por promover una educación universal y gratuita para las masas, destinada a elevar, poco a poco, su nivel cultural, y, en último término, por el conflicto bélico entre naciones libres y no libres (la historia, lamentablemente, dará la razón a Mainländer en este punto, aunque quizás no en el sentido en que él lo había imaginado en lo que se refiere al papel desempeñado por Alemania en ese conflicto).

En el proceso histórico hacia el Estado ideal y la paz universal, es esencial la distinción que establece Main-

länder entre la *ley divina* (condensada en el ideal de la justicia y el mandato neotestamentario de amar al prójimo como a uno mismo), por un lado, y la *ley humana* (el derecho positivo del Estado, basado en el contrato), por otro. La primera se halla inscrita, por así decirlo, en el «cielo», entendido como el horizonte ideal al que ha de aproximarse la humanidad mediante la legislación positiva. Las leyes humanas pueden estar más o menos de acuerdo con este principio ideal, y cuando se alejan de él, existe la obligación moral de reformarlas, promoviendo la justicia social y combatiendo la ignorancia y la desigualdad (cultivando las artes, las ciencias, la agricultura y la industria, e incluso protegiendo a los animales) para ajustarlas al máximo a la ley divina. Aunque Mainländer afirma, con rotundidad, que en la lucha por el Estado ideal no debe servirse más que a la ley divina y no a una persona dirigente, no cabe duda de que este dualismo legal puede ocasionar conflictos y plantear dilemas preocupantes, desde el punto de vista ético, como cuando, por ejemplo, un político, para promover la justicia que manda la ley divina, se ve obligado a aplicar una política represiva o llevar a cabo ejecuciones (el caso que cita es el de Robespierre); o cuando un soldado debe defender la ley positiva frente a unos revolucionarios que pretenden cambiar las leyes por otras más justas (ya que el soldado se debe al Estado al que sirve, pero su corazón puede estar con aquellos que reclaman justicia). Mainländer cree resolver este tipo de dilemas inclinándose, en el primer caso, a favor de la ley divina (¡lo que justificaría el Terror!) y, en el segundo, defendiendo al soldado como ejecutor fiel (aunque *no* entusiasta) de la

legislación vigente (¡lo que justificaría la represión de cualquier movimiento social por parte de las fuerzas del orden!). Son estos puntos los que, a mi juicio, hacen tambalearse la teoría política de Mainländer, y no tanto su supuesta anticipación del nacionalsocialismo. Cuando se leen sus escritos políticos, se tiene siempre la desagradable sensación de que, a pesar de la insistente defensa de la libertad individual que recorre toda su filosofía, Mainländer hace de los seres humanos «marionetas muertas» –para usar esta expresión, habitual en sus textos– en manos del Estado, como si este fuera el nuevo Dios, que viene a sustituir al Dios muerto de su ateísmo, «científicamente probado».

III

El segundo grupo de escritos póstumos incluidos en este volumen está formado, en primer lugar, por un «florilegio» de pensamientos sueltos sobre psicología, física, estética, ética, política y metafísica, que constituyen una especie de sucinto *Parerga y paralipómena* mainländeriano, en el que se contienen, no obstante, fragmentos de notable interés, que completan y amplían los contenidos expuestos en los diferentes capítulos de la *Filosofía de la redención*. Les sigue el análisis que realiza Mainländer de una sátira científica, publicada por un autor anónimo de la época (se especuló con que fuese Eduard von Hartmann), en la que se aplicaban de forma irónica los principios del darwinismo para demostrar que si estos se desarrollan de un modo riguroso, conducen inevitablemente

no a la evolución, sino a una *involución* de las especies y del ser humano, por lo que Mainländer considera que la mencionada sátira apoya, en cierto sentido, su propia teoría del debilitamiento de la fuerza y la aniquilación final de todo el universo.

El último trabajo incluido en este grupo de textos es la detallada crítica que llevó a cabo Mainländer de la monumental *Filosofía de lo inconsciente* (1869) de Eduard von Hartmann (de la cual publicó Alianza en 2022 una importante selección). Aunque Mainländer analiza el extenso libro hartmanniano, punto por punto, su obsesiva lucha en defensa del individuo frente a la hidra del panteísmo le lleva a centrar sus argumentos en el concepto de lo inconsciente como principio absoluto que subyace a los individuos y los maneja a su antojo, dirigiéndolos teleológicamente hacia la realización del fin que él se propone: la negación de la voluntad (aunque ello no impida la repetición del proceso, en lo que en alguna ocasión he llamado «el eterno retorno de lo peor», que serviría más tarde de punto de partida para la idea afirmativa del eterno retorno, expuesta por Nietzsche en su *Zarathustra*). Mainländer acusa a Hartmann de «eclecticismo» y de ser un «romántico filosófico», en el sentido que le daba a este término David F. Strauss, refiriéndose con él a cualquiera que pretende resucitar antiguos conceptos (sobre todo, teológicos), adaptándolos a nuestra época, sin darse cuenta de que los problemas actuales han cambiado. Mainländer rechaza, sobre todo, el concepto hartmanniano de lo inconsciente, que para él no designa sino la actividad inconsciente (el movimiento o vibración) del cerebro («el espíritu»), impulsado por el

«demonio» de la sangre, que, cuando alcanza cierto grado de actividad, produce la conciencia en el sujeto. Solo es inconsciente la voluntad de vivir individual (tras la cual sitúa Mainländer la voluntad de morir), ese demonio al que nos hemos referido (en el sentido goetheano del «daimon»), objetivado en el movimiento de la sangre, pero no los pensamientos, ni las representaciones o los sentimientos del sujeto. El movimiento inconsciente de la voluntad de vivir/morir, teorizado por Mainländer, anticipa, sin duda, la idea de la pulsión de muerte, desarrollada posteriormente por Sabina Spielrein y S. Freud.

Mainländer rechaza, asimismo, la teleología que caracteriza lo inconsciente hartmanniano. La idea que tiene Mainländer de la teleología es kantiana, es decir, para él se trata de un mero principio *regulativo*: todo sucede *como si* la unidad divina premundana, al autoaniquilarse libremente, hubiese fijado el fin hacia el que se dirige el proceso del universo: la paz, el reposo de la muerte total, pero no podemos afirmarlo de una manera dogmática ni constitutiva. Para Mainländer, lo inconsciente de Hartmann no se diferencia mucho del Dios del teísmo, camuflado bajo la capa del panteísmo. Por lo demás, las complejas relaciones que tienen lugar en el seno de lo absoluto inconsciente hartmanniano, entre voluntad y representación (cuya interrelación procreadora, casi promiscua, da lugar al nacimiento-aborto del cosmos), no suscitan en Mainländer más que un absoluto rechazo, porque las considera una mística de la peor especie. En lo que mi amigo y maestro en temas pesimistas, el Dr. Winfried H. Müller-Seyfarth, llama la «metafísica de la entropía» de Mainländer, tras la muerte de Dios solo

quedan fragmentos individuales, entrelazados por una conexión dinámica, que los arrastra a la muerte.

El libro se cierra con un apéndice filosófico que recoge la reconstrucción que hizo Walther Rauschenberger de los últimos días de Mainländer a partir de algunas de sus cartas inéditas, dirigidas a su hermana Minna, y otras anotaciones postreras. La impresión que suscitan estos documentos en quien los lee –al menos, eso me sucede a mí– es que fueron redactados por una persona frágil y emocionalmente inestable, que casi ha decidido ya lanzarse al vacío, pero que aún se agarra al clavo ardiendo del compromiso sociopolítico con la clase trabajadora, para tratar de dar algún sentido a su vida. También parece ponerse de manifiesto que el encontronazo con su hermana, en lo que se refiere a dicho compromiso, influyó no poco en la decisión que llevó al filósofo a poner fin a su vida¹.

Confieso que a veces me dejo llevar por mi fantasía e imagino a Mainländer renunciando, al menos por un tiempo, a dar su salto mortal e inmiscuyéndose en la vorágine de la lucha sociopolítica, para saber qué consecuencias habría tenido esta decisión sobre la evolución de su pensamiento, y quizás también, sobre la historia de las ideas políticas. Pero rápidamente vuelvo en mí y comprendo que nuestro filósofo –según su propia doctrina– ya había decidido libremente, en el seno de la unidad premundana y antes de que esta se autoliquidara, salir del

1. Cf. O. Hörth, «Die Familie Mainländer», *Frankfurter Didaskalia*, 17-junio-1891 (trad. francesa: «La famille Mainländer», *Archivio di psichiatria*, 12, Fratelli Bocc., Florencia-Turín-Roma, 1891, p. 490).

asfixiante salón de baile del mundo. Si al otro lado del portal de la muerte le esperaba la nada absoluta, o algo igual, mejor o peor que la vida, es algo que nunca podremos saber, mientras no crucemos nosotros también, voluntaria o involuntariamente, ese umbral. Y, estremecido, me pregunto: ¿reposaremos entonces por fin en paz, como él creía?

Madrid, febrero de 2023

Manuel Pérez Cornejo, *Viator*

I. Ensayos sobre filosofía política¹

Abre tu boca a favor del mudo, por la causa de todos los abandonados, abre tu boca, juzga con justicia y defiende la causa del mísero y del pobre.

(Proverbios 31, 8-9)

Wat frag ick na de Lü – Gott helpet mi².